

Intelectuales, exilio, retorno y comunicación en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) (1975-1985).

Facundo Altamirano.

Cita:

Facundo Altamirano (2021). *Intelectuales, exilio, retorno y comunicación en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) (1975-1985)*. XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-074/712>

Intelectuales, política, cultura y comunicación en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) (1975-1985)

Resumen: En la segunda mitad de la década del setenta, un grupo de exiliados sudamericanos, integrantes de la franja crítica del campo intelectual, participó en México del proceso de formación y desarrollo del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET). Nos proponemos reconstruir desde el prisma de la historia intelectual y la sociología de la cultura las condiciones de emergencia y desarrollo del ILET en el período 1975-1985, siguiendo la trayectoria de un grupo de especialistas que conformó la división interna sobre Comunicación y Desarrollo, entre ellos Juan Somavía y Fernando Reyes Matta (Chile), Héctor Schmucler, Nicolás Casullo y Alcira Argumedo (Argentina). Dadas las particularidades históricas, políticas y culturales que hicieron posible el surgimiento y desarrollo del ILET en México y su posterior traslado, en el retorno, a Chile y Argentina en el marco de las *transiciones a la democracia*, la ponencia se inscribe en las discusiones sobre la relación, muchas veces señalada como problemática, entre intelectuales, política y cultura. Las ideas e hipótesis que presentamos aquí forman parte de un proyecto de investigación, más general, sobre intelectuales, redes transnacionales y estudios en comunicación que tiene como propósito indagar en la circulación internacional de las ideas y las transferencias intelectuales en América Latina en el período 1975-1985.

1. Introducción

La experiencia que presentamos, de manera sucinta en esta ponencia, apunta a iluminar los avatares —quizá poco transitados— de un sector de la franja crítica del campo cultural sudamericano en una época a la que podemos aludir como de “transiciones”, esto es, de continuidades y rupturas en las trayectorias vitales —marcadas por el exilio y el retorno— y en las tradiciones político-culturales de una porción del campo intelectual sudamericano en general y de los “intelectuales de la comunicación” (Zarowsky, 2017) en particular. Las ideas e hipótesis que presentamos aquí forman parte de un proyecto de investigación, más general, sobre intelectuales, redes transnacionales y comunicación que tiene como propósito indagar en la circulación internacional de las ideas y las transferencias intelectuales en América Latina en el período 1975-1985.¹

¹ Estas líneas de investigación se encuentran en proceso de ampliación en el marco de la cursada de la maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural de la Escuela IDAES-UNSAM y de mi participación en el Proyecto UBACyT “Cultura impresa de masas y procesos de cambio político en Argentina y Chile (1970-1990)” dirigido por Mariano Zarowsky y Mara Burkart.

En junio de 1975 una dupla chilena integrada por los diplomáticos y especialistas en comunicación Juan Somavía y Fernando Reyes Matta fundó en México el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET). El ILET fue un centro de investigación social orientado al análisis de la comunicación y la cultura que reunió a un conjunto significativo de intelectuales sudamericanos exiliados en el país azteca. En la segunda mitad de la década del setenta se destacó por los aportes que realizó a la discusión internacional por un nuevo orden económico e informativo, discusión impulsada por los países del Tercer Mundo agrupados en el Movimiento de Países No Alineados (MPNA), con quienes los especialistas del ILET mostraron un ferviente compromiso político e intelectual. Aquí nos proponemos reconstruir las condiciones de emergencia y desarrollo del ILET en el contexto del exilio y retorno a la luz de la actividad de sus principales integrantes, especialmente de los intelectuales chilenos (Somavía y Reyes Matta), uruguayos (Raúl Trajtenberg y Raúl Vigorito) y argentinos (Héctor Schmucler, Nicolás Casullo y Alcira Argumedo), con especial énfasis en las trayectorias de los especialistas nucleados en la División de Comunicación y Desarrollo del Instituto. Dadas las particularidades históricas, políticas y culturales que hicieron posible el surgimiento y desarrollo del ILET en México y su posterior traslado, en el retorno, a Chile y Argentina en el marco de las transiciones a la democracia, la ponencia se inscribe en las discusiones sobre la relación, muchas veces señalada como problemática, entre intelectuales, política y cultura.

El análisis que proponemos se sitúa en el campo de la historia intelectual de los estudios en comunicación y cultura, impulsado localmente en los últimos años a partir de las investigaciones de Mariano Zarowsky (2013; 2017). La historia intelectual como campo de estudios permite abordar el proceso de emergencia y desarrollo del ILET evitando aquello que François Dosse (2006) identificó como sesgos “externalistas” e “internalistas” (p. 269). De otro modo, permitirá, en palabras de Carlos Altamirano (2005), situar “el trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas” (p. 10). Si una historia intelectual implica dar cuenta del trabajo del pensamiento en el seno de estas experiencias, reviste suma importancia la actividad de los intelectuales en tanto que una vía privilegiada para acceder a la configuración del pensamiento reside en el estudio de los discursos y actividades desarrolladas por estos actores sociales legitimados. Desde esta perspectiva, proponemos pensar la actividad de los intelectuales a partir de un cruce productivo entre la historia intelectual y la sociología de la cultura. Más específicamente, partimos de la perspectiva desarrollada por Antonio Gramsci (2004: 290-292) con relación a la función social de los intelectuales, del enfoque materialista de la cultura construido por Raymond Williams (2009; 2015) y de la sociología de la producción intelectual en latinoamérica desarrollada por Fernanda Beigel (2010), quien retomó y adaptó

a las circunstancias histórico-políticas de la región el modelo teórico-metodológico de Pierre Bourdieu (1999).

2. De sudamérica a México: una confluencia originaria

La instauración de Dictaduras de Seguridad Nacional en la década del setenta reconfiguró la estructura social latinoamericana y trastocó los espacios de intervención intelectual. La persecución política e ideológica implementada por los Estados que adscribieron a la Doctrina de Seguridad Nacional motivó el exilio de un sector significativo de la franja crítica del campo cultural de Chile, Uruguay y Argentina que se había incorporado, según las particularidades nacionales de cada país, al proceso de radicalización política de fines de la década del sesenta y principios de los años setenta (Beigel, 2010; Burgos, 2004; Sigal, 1991; Terán, 2013).

Sin minimizar los matices de cada situación nacional, es posible hacer extensiva a la franja de intelectuales críticos del cono sur la transitada formulación de Oscar Terán (2013) con relación a la Argentina, que afirma que a inicios de la década del setenta la política se convirtió en “dadora de sentido de las diversas prácticas” (p. 47), incluida la práctica teórica. De acuerdo a esta interpretación, se puede inferir que la diáspora intelectual proveniente del cono sur que pobló México en los años setenta fue consecuencia del compromiso asumido por sus integrantes. No obstante, la ampliación de esta idea particular de Terán al caso de Chile y Uruguay —lo mismo vale según nuestro análisis para la Argentina— no debe ser tomada en un sentido fatalista respecto al compromiso político de los intelectuales. Por el contrario, permite visibilizar cómo dicho compromiso motivó una encarnizada oposición por parte de las fuerzas conservadores y derivó en una virulenta persecución política llevado a cabo por grupos estatales y paraestatales que obligó a un sector de la franja crítica sudamericana al exilio.² Asimismo, tampoco acordamos con aquellas interpretaciones que consideran a la *praxis política* como una dimensión heterónoma respecto a la creación teórica y cultural, esto es, como un elemento externo que interfiere en el quehacer intelectual. Por el contrario, entendemos a la práctica política como una dimensión constitutiva de la actividad intelectual y como una *praxis* que puede contribuir, aunque no necesariamente, a la producción de conocimiento. En este punto seguimos a Fernanda Beigel (2010) quien, en el estudio colectivo que dirigió sobre el desarrollo histórico-estructural del campo académico en el cono sur —con énfasis en el campo académico de Chile y Argentina—, puso en cuestión la

² Existió también un “exilio interno”. Por ejemplo, en el caso de Argentina esta idea es usada por Julio Moyano (2018) en su estudio sobre el itinerario intelectual de Jorge Bernardo Rivera y ampliada a los itinerarios de Aníbal Ford y Eduardo Romano para pensar la producción cultural de estos actores durante la última dictadura militar (p. 49).

tradicional noción de *campo* propuesta por Bourdieu. Lejos de desechar esta noción —que puede ser altamente productiva para la sociología de los intelectuales— Beigel propone para el caso latinoamericano una visión “elástica” y “abierta” del concepto bourdieuano, que permita captar “las intersecciones de este campo con otros espacios sociales” (p. 13). Un *campo*, entonces, antes que un presupuesto teórico es una pregunta de investigación. Por ello, coincidimos con Beigel en que a la hora de reconstruir la trayectoria del campo intelectual de Argentina y Chile y de analizar el proceso de *radicalización política* de las capas intelectuales de la “nueva izquierda” en las décadas de 1960 y 1970, la oposición entre *autonomía* y *politización* en la práctica intelectual “contribuye a confundirlo todo un poco más” (p. 24). La lectura de Beigel es tributaria del programa delimitado por Federico Neiburg y Mariano Plotkin (2004), para quienes en los países latinoamericanos —donde las barreras entre ciencia y política se evidencian difusas y en los que se mantiene una relación de relativa desigualdad en el flujo internacional de las ideas— el saber sobre lo social se construye en *espacios de intersecciones múltiples*.

Visto en retrospectiva, la conformación del Instituto en México pueda explicarse a partir de un proceso que denominamos *confluencia originaria*. Por *confluencia originaria* entendemos un tránsito histórico específico que derivó en un doble cruce. Por un lado, el encuentro en México entre los *grupos*³ intelectuales provenientes de Chile, Uruguay y Argentina y, por el otro, la coincidencia entre estos *grupos* con la escena político-cultural mexicana de mediados de la década del setenta. De acuerdo a dicha confluencia, es posible analizar la trayectoria del ILET a partir de una serie de intersecciones que consideramos productivas. Por tratarse de una de las intersecciones más relevantes, en esta ponencia vamos a puntualizar en la confluencia entre las trayectorias nacionales de los *grupos* intelectuales aludidos y las condiciones históricas del exilio en México.

¿Qué características compartían estos *grupos* nacionales que permiten pensarlos en sintonía? Los tres *grupos* intelectuales a los que aludimos se forjaron en experiencias nacionales concretas vividas en los años previos al exilio. Pero no es la nacionalidad el elemento que permite pensar a estos *grupos* de forma más o menos cohesionada sino las *tradiciones* político-culturales en las que habían inscrito su praxis político-cultural. Retomando la clásica definición de Williams (2009) —que entiende a las *tradiciones* como “una versión del pasado que se pretende conectar con el presente y ratificarlo” (p. 153)—, se puede considerar a estas tradiciones como elementos activos y efectivos de una vivencia común que no solo por entonces remitía al pasado nacional sino también a las causas del exilio, esto es, al profundo compromiso político asumido por estos intelectuales hacia proyectos políticos

³ Sobre la noción de *grupo* véase Williams (2015: 57). Para un estudio aplicado de la sociología de los *grupos*, véase Williams (2012).

radicales y/o de izquierda. De otro modo, nos parece relevante señalar que estas *tradiciones* estaban presentes más como elementos activos que residuales, incluso cuando el pasado reciente fue sometido a un profundo examen autocrítico por aquellos años y cuyo caso paradigmática, ampliamente estudiado, fue el de los intelectuales argentinos de la denominada “nueva izquierda” en México, proceso que involucró también a los *intelectuales de la comunicación*.

En primer lugar, nos encontramos con una *tradición de izquierda cristiana* en el grupo de intelectuales chilenos, constitutiva en la dupla fundadora del ILET. Antes del exilio, Somavía y Reyes Matta se habían formado en el acervo histórico-político de la diplomacia de Estado y en la Izquierda Cristiana que formó parte del gobierno de Salvador Allende (1970-1973).⁴ Entre 1967 y 1973, Somavía —abogado por la Universidad Católica de Chile— se desempeñó como funcionario de la diplomacia chilena durante los gobiernos de Eduardo Frei (1964-1970) y Salvador Allende (1970-1973), como asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores (1967-1970) y como representante de Chile en el Pacto Andino (1970-1973). Por su parte Reyes Matta —geógrafo por la Universidad de Chile— trabajó de profesor universitario en las universidades Católica y de Chile, en las que se acercó a la Teología de la Liberación y comenzó una serie de estudios sobre los flujos internacionales de noticias en el contexto de la reforma universitaria de 1967. Posteriormente, fue asesor en comunicaciones del ministro de Relaciones Exteriores de Allende, Clodomiro Almeyda, quien lo incorporó a la comitiva chilena en la Tercera Conferencia de Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo celebrada en Santiago de Chile en 1972⁵ y en la IV Cumbre del Movimiento de Países No Alineados realizada en Argel en 1973.⁶

La segunda *tradición* que identificamos es la de un *marxismo académico* inspirado en las teorías sobre la dependencia, encarnada en el grupo de economistas uruguayos, especialmente en Raúl Trajtenberg y Raúl Vigorito, quienes en los años previos al exilio protagonizaron un proceso de renovación teórica en los estudios económicos del Uruguay.

⁴ Somavía y Reyes Matta se incorporaron a la Democracia Cristiana en la segunda mitad de la década del sesenta. Las diferencias internas respecto al gobierno de Allende produjeron en 1971 un cisma en la organización, que derivó en la conformación de Izquierda Cristiana. Como principio programático, este nuevo partido político se propuso contribuir al fortalecimiento de la “vía chilena al socialismo”. Véase Friedmann (1998).

⁵ La conferencia se celebró entre el 13 de abril y el 23 de mayo de 1972. Nos interesa señalar que allí se fortalecieron las relaciones diplomáticas entre los gobiernos de Chile y México. En el discurso de apertura, Allende (1972) denunció la relación de dependencia económica, política y cultural entre el Tercer Mundo y las potencias del capitalismo industrializado. Por su parte, el presidente de México Luis Echeverría (1970-1976) presentó una propuesta para el rediseño del sistema económico internacional que posteriormente se difundió como “Carta de los Deberes y Derechos Económicos de los Estados”, documento que sirvió de insumo para la propuesta para un Nuevo Orden Económico Internacional.

⁶ De acuerdo con el testimonio retrospectivo de Reyes Matta, los países miembros apoyaron la moción de iniciar una compulsa internacional para contrarrestar los desequilibrios informativos. Las propuestas contenidas en la Declaración Final de la Cumbre (MPNA, 1973) son consideradas el antecedente del movimiento internacional que se aglutinó en torno a la proposición de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC) (Argumedo, 1984).

Trajtenberg y Vigorito dirigieron entre 1967 y 1973 el Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas y Administración (FCEyA) en la Universidad de la República (UdelaR). Allí este *grupo*, del que también formaron parte Samuel Lichtensztein y Alberto Couriel, rompió con el ciclo de ideas desarrollistas que habían sido hegemónicas en la FCEyA (Garcé, 2009: 88). En ese marco publicaron la obra colectiva *El proceso económico del Uruguay*, de amplia circulación en la izquierda local.

La tercera es una *tradición crítica* de raigambre peronista en la que se identificaba el *grupo* de intelectuales argentinos que se incorporó al ILET a partir de 1977. Este *grupo* estaba compuesto por el semiólogo, crítico literario y especialista en comunicación Héctor Schmucler; el periodista, escritor y ensayista Nicolás Casullo; y la socióloga Alcira Argumedo. Los tres habían formado parte de la franja crítica de la izquierda peronista en Argentina y se habían relacionado orgánicamente, en un corto pero intenso período, con la organización político-militar Montoneros. La orientación *crítica, heterodoxa* y profundamente comprometida con la realidad política de su tiempo fue el rasgo principal de esta *tradición* acuñada en el proceso de radicalización que involucró a una franja de la izquierda argentina. Inscritos en una lógica que transitó desde el *compromiso* intelectual a la militancia orgánica en el peronismo, específicamente en Montoneros, Schmucler, Casullo y Argumedo fueron protagonistas de la escena política y cultural clausurada por el golpe de Estado de 1976. La trayectoria intelectual de Schmucler resume en buena medida el tránsito señalado: comenzó su actividad intelectual en el Partido Comunista y posteriormente se incorporó a la izquierda peronista. Integrante del colectivo político-cultural que animó la primera etapa de la revista gramsciana *Pasado y Presente* (1963-1965), fundador de dos publicaciones señeras para la renovación de la crítica literaria en Argentina y los estudios en comunicación en América Latina, *Los Libros* (1969-1976) y *Comunicación y Cultura* (1972-1985) —junto a Armand Mattelart— respectivamente, además de editor y profesor universitario, la trayectoria intelectual de Schmucler sintetiza cómo una parte de la intelectualidad argentina se vinculó desde el campo cultural con la actividad política.

Más allá de las especificidades nacionales, cuando recalaron en México estos intelectuales —que posteriormente conformaron agrupamientos informales en el ILET— tenían en común al menos dos características relevantes para nuestro estudio. Primero, que en contextos de radicalización política los intelectuales que aquí seguimos fueron parte activa de proyectos político-culturales que, de alguna manera, confrontaron desde el ámbito de la cultura y la academia con las fuerzas conservadoras de sus países. Segundo, que a raíz de una praxis intelectual indisociable del compromiso político asumido en un contexto de escalada represiva en la región, se vieron obligados a un exilio que por diversas circunstancias confluyó en México.

Antes de continuar con la presentación, consideramos importante una pequeña digresión. La reconstrucción que proponemos y que nos permite identificar ciertas *tradiciones* político-culturales activas en el proceso de formación y desarrollo del ILET surge de una interpretación retrospectiva y multidisciplinar, que retoma aportes teóricos-metodológicos de la historia intelectual, la sociología de la cultura y el campo de estudios que en historiografía se denomina “historia reciente”. Así, pues, podemos identificar rasgos comunes entre los agrupamientos informales que abrevaron en el Instituto. Al respecto, queremos subrayar enfáticamente que dicha reconstrucción es independiente y no debe confundirse con las interpretaciones que los propios actores realizaron sobre sus actos y que oportunamente pueden ser retomadas en esta ponencia o en otros trabajos. Al estudiar las trayectorias, al decir de Bourdieu (1999), de estos productores y organizadores de *principios de visión y división* que son los intelectuales, muchas veces el analista corre el peligro de confundir, en el análisis, aquello que pertenece propiamente al campo de los hechos históricos con las interpretaciones nativas que los propios protagonistas elaboraron respecto a los acontecimientos que los involucraron y sobre los que configuraron visiones del mundo que posteriormente contribuyeron a su significación. Frente a estos riesgos, los aportes teóricos y metodológico de la sociología de Bourdieu y de la historia reciente como campo de estudios ofrecen alternativas que permiten prevenir confusiones. En el caso de la sociología de los intelectuales propuesta por Bourdieu, las nociones de *campo* —entendido en un sentido “elástico” tal como propone Beigel (2010)— y de *capital simbólico* permiten explicar objetivamente el sistema de posiciones de los agentes productores de significaciones sin desconocer el *habitus* incorporado por los especialistas, estos es, la dimensión subjetiva y de agencia de los intelectuales en el marco de un sistema de relaciones que es necesario reponer. Este enfoque permite establecer criterios “objetivizantes” para analizar la actividad de estos agentes productores de subjetividades y de discursos privilegiados que dotan de sentido a los social. Por su parte, la historia reciente brinda elementos que permiten reponer la complejidad histórica en la que transcurrieron los acontecimientos, con el propósito de evitar lecturas teleológicas y anacrónicas respecto al pasado. Los aportes realizados por Marina Franco (2012) respecto a la historia reciente de sudamérica y, especialmente de Argentina durante los años setenta y ochenta, nos invitan a reconstruir los hechos que estudiamos a contrapelo de las interpretaciones cristalizadas socialmente —y sobre las que, en muchas ocasiones, los intelectuales contribuyen a instalar en el sentido común—, y nos recuerda que si nos situamos en el momento histórico de los acontecimientos, podremos captar más densamente cómo los actores políticos y sociales —en nuestro caso los intelectuales— se desempeñaron de acuerdo a ciertas condiciones y expectativas —y agregamos, por ciertas *estructuras de sentimiento* e influidos por determinadas *tradiciones* político-culturales

(Williams, 2009; 2015)— que, lejos de establecerse con anterioridad, deben ser reconstruidas por el análisis y la investigación histórica.

3. El exilio mexicano como escenario político-cultural

Instauradas las dictaduras militares en el Cono Sur, las trayectorias intelectuales que aquí seguimos recalamos en México. ¿Por qué México? Un primer elemento a considerar es la política de asilo promovida por el Estado mexicano. Esta política implementada en los años setenta se inscribía en una tradición de Estado de amplio alcance que había comenzado en la década del treinta con la recepción de grandes contingentes de españoles expulsados por la Guerra Civil y el franquismo (Sznajder y Roniger, 2013). En un trabajo sobre la diáspora argentina, Pablo Yankelevich (2010) bautizó a México como “la Meca del exilio en América Latina” (p. 33). ¿Por qué México? Yankelevich (2010) sostiene que “en el caso mexicano, la política de asilo y refugio ha[bía] definido el rostro de esa nación en el mundo” (p. 20). La historiadora Mónica Palma Mora (2003) destaca que México “desde los inicios del siglo XX ha sobresalido como país de refugio para perseguidos políticos precedentes de diversas partes del mundo” (p. 20). En tanto José Casco (2008), al analizar el exilio de una franja de la izquierda intelectual argentina en México, demostró que el proceso de democratización política iniciado por Luis Echeverría (1970-1976) y continuado por José López Portillo (1976-1982) “produjo una revitalización de la actividad política mexicana y facilitó el ingreso al país de emigrantes políticos de diversas tendencias, especialmente de izquierda” (p. 150). México se había transformado entonces en un terreno fértil para la reinserción intelectual de los exiliados. A las condiciones políticas enumeradas, se añadió un período de gran prosperidad económica a raíz del denominado *boom* del petróleo mexicano. Gracias a la nueva abundancia de recursos, el Estado contó con un importante presupuesto para la creación de nuevas universidades pública e institutos de investigación social en los que comenzaron a trabajar con relativa facilidad los intelectuales provenientes de sudamérica (Casco, 2008; Yankelevich, 2010).

En esta línea, Sznajder y Roniger (2013) demostraron que el Estado mexicano impulsó y financió la creación de centros e institutos de investigación social con el objetivo de promover la actividad del campo cultural y científico local mediante la cooptación de profesionales provenientes de sudamérica (p. 259). Un ejemplo de esta política de cooptación fue la creación del Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE). En efecto, esta política activa respecto a un exilio que el mismo gobierno promovió, además de cumplir propósitos de incorporación, permitió disciplinar sin mayores dificultades los antecedentes políticos de los recién llegados. Por entonces, el Estado mexicano desplegaba una política hostil hacia las

formaciones de la izquierda marxista, con altos niveles de represión interna que se intensificaron tras la masacre de Tlatelolco.⁷

La política de cooptación y los cuantiosos recursos disponibles convirtieron a México en el epicentro de la producción académica y cultural de América Latina y en un fuerte polo de atracción para los intelectuales sudamericanos. Entre los primeros contingentes de exiliados en llegar se destacó un grupo de diplomáticos e intelectuales chilenos. El exilio chileno tuvo un trato preferencial gracias a la estrecha relación bilateral que habían cultivado ambos países entre 1970 y 1973.⁸ La relación amistosa entre Chile y México se vio interrumpida por el golpe de Estado y el posterior asesinato de Allende. Profundamente afectado por las circunstancias, Echeverría rompió las relaciones diplomáticas entre ambos Estados. La medida, en repudio al nuevo gobierno autoritario, tuvo como contrapartida la implementación de una política amistosa de asilo hacia el cuerpo de militantes, funcionarios y diplomáticos que habían integrado la Unidad Popular (Vejar Pérez-Rubio, 2008, p. 15), muchos de los cuales se habían refugiado en la embajada mexicana en Santiago.

Una parte del *grupo* de intelectuales chilenos pudo desplegar una serie de iniciativas tendientes a homologar en el campo intelectual mexicano el capital político adquirido como exintegrantes del cuerpo diplomático de Allende. Para ello, según argumentaremos más adelante, este *grupo* ensayó una transposición de las habilidades políticas adquiridas desde la esfera diplomática internacional hacia el campo de las ciencias sociales. Estas operaciones tenían asidero en las excelentes relaciones construidas entre los gobiernos de Echeverría y Allende, vínculos que por caso el propio Reyes Matta había contribuido a consolidar en 1972 como asesor en comunicaciones del entonces canciller Clodomiro Almeyda.⁹ De ahí que, a partir de una serie de intereses mutuos, el *grupo* de intelectuales chilenos lograra el apoyo político y económico del Estado mexicano para la creación del ILET. Este apoyo que se inició en el último tramo de la presidencia de Echeverría se consolidó y amplió con el gobierno de López Portillo (1976-1982), quien a través de distintos organismos como la Coordinación de

⁷ Mariana Bayle (2016) en su estudio sobre los debates de la izquierda marxista en México a partir de la revista *Cuadernos Políticos* (1974-1990), afirma que el escenario mexicano de la década del setenta no puede comprenderse en su totalidad sin reponer los efectos que produjo en el campo cultural el movimiento estudiantil de 1968 y la sangrienta represión desatada por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) que culminó en la denominada "Masacre de Tlatelolco". La política de represión interna contra la izquierda, que los gobiernos de Echeverría y López Portillo no atenuaron, tenía como correlato la vigencia del artículo 33 de la Constitución de México. Este artículo prohíbe la intervención política en asuntos internos a los ciudadanos extranjeros, incluido los exiliados, y asigna al Ejecutivo la potestad de expulsar del territorio nacional a toda persona extranjera que participe en los asuntos internos del país.

⁸ El historiador Felipe Sánchez Barría (2014) sostiene que el período 1970-1973 significó un quiebre histórico para la política exterior de México. Por primera vez en la historia las relaciones internacionales no fueron orientadas a favorecer el vínculo con Estados Unidos, sino a estrechar lazos con las naciones de América Latina, principalmente, con el gobierno de la Unidad Popular.

⁹ Nos referimos a la profundización de las relaciones diplomáticas entre Chile y México a partir de la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo celebrada en Santiago de Chile en 1972, en la que Reyes Matta formó parte de la comitiva chilena.

Comunicación Social de la Presidencia de México (CCSP)¹⁰ y el Banco Nacional de Comercio Exterior, financió actividades e investigaciones del Instituto.

Si tal como argumentamos se trató de intereses mutuos y si es posible en este punto evidenciar con cierta claridad las inclinaciones de la dupla fundadora del ILET en su vínculo con el gobierno de México, cabe preguntarse sobre los fundamentos que más allá de la política de cooptación señalada por Sznajder y Roniger (2013) encontró el Estado mexicano para promover la fundación y desarrollo de un centro especializado que en su primer lustro de actividad se caracterizó por una intensa actividad internacional.

Es factible encontrar algunos indicios en la política exterior promovida por el PRI a partir de 1972, que supuso un giro radical respecto a la tradición diplomática del Estado mexicano. Un conflicto desatado con el gobierno de Estados Unidos en 1971 por una decisión de la Casa Blanca que fijaba aranceles especiales a las importaciones mexicanas motivó un cambio de estrategia en las relaciones internacionales del gobierno de Echeverría, ahora orientada hacia la denuncia del orden económico internacional forjado tras el acuerdo de *Bretton Woods*. Por consiguiente, el objetivo principal de la diplomacia mexicana consistió en pujar a favor de la construcción de un sistema económico mundial favorable a los países del Tercer Mundo. Esta nueva orientación en la política exterior mexicana fue detallada por Echeverría en la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo. Allí, el presidente de México presentó una propuesta de regulación del comercio internacional que luego se transformó en la “Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estado”. En resumen, la “Carta” adquirió carácter de manifiesto y se convirtió en “instrumento y fin de la política exterior de México” (Covarrubias, 2008: 21).

Para el Estado mexicano el rediseño del orden mundial imperante era una preocupación de primer orden. En concreto, el plan diseñado por el PRI tenía como propósito fortalecer el comercio exterior. Este objetivo buscaba superar una serie de problemáticas estructurales que limitaban el crecimiento local, como el endeudamiento externo y el estancamiento del modelo de sustitución de importaciones. Entre otras iniciativas tendientes a lograr estos objetivos, Echeverría fundó el Instituto Mexicano de Comercio Exterior (IMCE) que a la postre financiaría algunas actividades del ILET y dinamizó la actividad del Banco Nacional de Comercio Exterior (Bancomext), entidad que publicaba la revista de circulación latinoamericana *Comercio Exterior*, que posteriormente contaría con el asesoramiento del ILET en asuntos vinculados a la problemática de la *transnacionalización*.¹¹

¹⁰ Fondo Sergio Caletti, Caja 2, CeDInCI-UNSAM, Buenos Aires. Nombre del documento: *Convenio entre la Coordinación de Comunicación Social de la Presidencia y el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales*.

¹¹ El Bancomext es un banco estatal mexicano fundado por el presidente Lázaro Cárdenas en 1937. Desde 1951 edita la revista *Comercio Exterior*, publicación de alcance latinoamericano en la que el ILET publicó en 1982

4. Una morada intelectual para el exilio

En junio de 1975 Somavía y Reyes Matta se abocaron a la conformación de un centro especializado en estudios sobre *transnacionalización* que a la postre resultó un espacio de reunión y trabajo para una porción significativa del exilio sudamericano en México.¹² Visto en retrospectiva, la construcción de este centro de especialistas conformado mayoritariamente por sudamericanos se constituyó como *una morada intelectual para el exilio*.

En la creación del Instituto desempeñaron un rol fundamental la Fundación Dag Hammarskjöld¹³ de Suecia y el Foro del Tercer Mundo¹⁴. Posteriormente se sumó el apoyo de la Fundación Friedrich Ebert¹⁵ de Alemania Federal. De forma análoga a como sucedía con el Estado mexicano, las relaciones de Somavía y Reyes Matta con estas organizaciones y espacios internacionales —que tuvieron una importancia destacada en la formación y desarrollo del ILET— formaban parte de un acervo de vínculos internacionales establecidos previamente en los años de la Unidad Popular y hacia quienes, en el contexto del exilio, el *grupo* de intelectuales chilenos expandía su *praxis diplomática*, con el propósito de recaudar fondos y apoyos que originariamente iban a ser destinados a financiar las actividades en México de la resistencia chilena al golpe de Pinochet (Roncagliolo, 2020).

A la creación del ILET en 1975 prosiguió en 1976 la organización de las divisiones de Comunicación y Desarrollo, dirigida por Reyes Matta, y de Estudios Políticos y Sociales, dirigida por Juan Gabriel Valdés.¹⁶ Finalmente, en 1977 se conformó la División de Estudios Económicos del ILET organizada en torno a los uruguayos Trajtenberg (director) y Vigorito, quienes destacaron en la escena intelectual latinoamericana de aquellos años por sus aportes a la comprensión histórica y económica del fenómeno transnacional, que tuvo implicancias en los estudios sobre comunicación. Un aporte importante de la División fue reconocer en la

algunos artículos sobre el fenómeno de la *transnacionalización* y sus consecuencias en la política, la economía y la comunicación. Véase *Comercio Exterior*, N° 32, 1982.

¹² El estudio sobre la *transnacionalización*, que el Instituto agrupó bajo el sintagma “estudios transnacionales”, comprendió un tipo de investigación social que analizó el impacto del denominado capitalismo transnacional en los países del Tercer Mundo. Lejos de sustraerse a los aspectos económicos de la problemática, la perspectiva desarrollada por el ILET buscó construir una perspectiva holística que incluyó los aspectos político-sociales, laborales, culturales e informativos.

¹³ La Fundación Dag Hammarskjöld fue creada por el parlamento de Suecia en 1962. A partir de 1975 desarrolló un proyecto sobre “Desarrollo y Cooperación Internacional” bajo la consigna de “*otro desarrollo*”. En el marco de este proyecto, financió institutos de investigación social en los países del Tercer Mundo.

¹⁴ Creado en 1975, el Foro del Tercer Mundo reunió a intelectuales comprometidos con el debate y la formulación de alternativas de desarrollo para los países de Asia, África y América Latina. Sus objetivos concretos se encuentran formulados en la Declaración de Santiago de Chile, redactada en abril de 1973.

¹⁵ La Fundación Friedrich Ebert fue fundada en 1925 por el Partido Socialdemócrata Alemán. En la década del setenta financió en distintas regiones del mundo, entre ellas América Latina, proyectos de investigación e instituciones que promovían el “*otro desarrollo*”.

¹⁶ La composición que presentamos en esta ponencia del Instituto y de sus divisiones, así como los lineamientos de sus programas de investigaciones corresponden a una reconstrucción propia basada en información recolectada en documentos y publicaciones del Instituto (ILET, 1978; 1983).

estructura económica transnacional de los medios de comunicación un aspecto fundamental para analizar la “dependencia” cultural, especialmente a través del estudio de la publicidad.

La División de Comunicación y Desarrollo fue el área más dinámica del novel Instituto en el período inicial. El primer equipo de especialistas estuvo integrado por los exiliados sudamericanos Diego Portales (Chile), Rafael Roncagliolo (Perú), Luis Ramiro Beltrán (Bolivia) y Gregorio Selser (Argentina), además de Noreene Janus (Estados Unidos) y Cees Hamelink (Holanda). Entre 1977 y 1979 se incorporaron los argentinos Schmucler, Casullo y Argumedo. Además, funcionó un Comité Académico que cumplió las veces de órgano consultor, integrado por Herbert Schiller (Estados Unidos), Armand Mattelart (Bélgica), Luis Gonzaga Motta (Brasil), Oswaldo Capriles (Venezuela), Patricia Anzola (Colombia), Soledad Robina (México) y Tapio Varis (Finlandia), entre otros.

El ILET se estructuró a partir de un conjunto de reglas que apuntaron a establecer una jerarquía interna y a especificar funciones. Desde su creación en 1975 hasta el retorno de sus principales investigadores en el marco de las *transiciones a la democracia* en 1984, el director ejecutivo fue Somavía. El encargado de llevar adelante esa responsabilidad era elegido por el Consejo Directivo, cuyos integrantes fueron el escritor Gabriel García Márquez (Colombia); el antropólogo Darcy Ribeiro (Brasil); el diplomático Pierre Schori (Suecia); el diplomático, especialista en cuestiones de desarrollo y miembro de la Fundación Dag Hammarskjöld, Marc Nerfin (Suiza); el diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores de Holanda, Jan Meijer (Holanda); el diplomático y asesor de López Portillo, Porfidio Muñoz Ledo (México); el Segundo Secretario General de la Commonwealth, Shridath Ramphal (Guyana) y Valdés.

El Consejo Directivo del ILET reunía al *ala política* del Instituto. La presencia de diplomáticos —especialmente de origen europeo— en el máximo organismo de dirección del Instituto respondía a las formalidades y compromisos, basado en intereses mutuos, asumidos en el marco de las tratativas llevadas a cabo para obtener vías de apoyo y financiamiento. Estas fuentes abrevaban en las redes de contactos internacionales que Somavía y Reyes Matta habían forjado como diplomáticos de Estado. Proponemos pensar la disposición de la dupla chilena hacia las relaciones internacionales como una *praxis diplomática* fundada en un *habitus* diplomático, que de alguna manera permite visibilizar una vocación político-cultural incorporada en la actividad de Somavía y Reyes Matta, quienes por su experiencia política reciente y las redes de sociabilidad construidas, concentraban de hecho las relaciones institucionales del novel Instituto.

Son comunes los análisis que describen a la diplomacia como una actividad altamente especializada. La diplomacia, consiste en ejecutar una *praxis política* en el ámbito de las relaciones internacionales e históricamente ha sido considerada un área constitutiva del

Estado. Su actividad incumbe a esferas como la política, el derecho internacional, el comercio exterior y la seguridad nacional. En el campo cultural puede suceder que algunos intelectuales en carácter de “representantes” o dirigentes de una *institución, grupo o formación cultural*, asuman tareas de dirección intelectual en el plano internacional con el propósito de proyectar en escenarios más amplios intereses específicos. Desde una perspectiva gramsciana, podríamos afirmar que la diplomacia se relaciona con la función social de los intelectuales en la creación o reproducción de *hegemonía*. Gramsci (2004) otorgaba a la diplomacia una función intelectual de primer nivel en la configuración de las correlaciones de fuerza a escala mundial. En palabras del marxista italiano, además de la religión, una de las fuentes de “combinaciones ideológicas-políticas nacionales e internacionales” puede hallarse en las “formaciones internacionales, la masonería, el Rotary Club, los hebreos, la diplomacia de carrera”. Estos especialistas, “actúan en cada nación con todas sus fuerzas internacionales concentradas” y “pueden incluirse en la categoría de ‘intelectuales’, cuya función consiste, a escala internacional, en mediar entre los extremos, ‘socializar’ los hallazgos técnicos que permiten funcionar a las actividades de dirección, arbitrar compromisos y vías de salida entre las soluciones extremas” (p. 415-416).

Se podría afirmar, entonces, que el ejercicio de las habilidades diplomáticas adquiridas por Somavía y Reyes Matta contribuyeron de manera significativa a la formación del Instituto. Esta *praxis diplomática* entretejió una vasta red de relaciones que nutrió a los equipos de investigación del ILET y estimuló vínculos con instituciones y *formaciones* diversas del Tercer Mundo. En el caso del debate internacional sobre un nuevo orden informativo, la capacidad de reunión de un amplio abanico de figuras intelectuales propició la participación del ILET en una *esfera pública internacional popular de la comunicación*.¹⁷

5. El despliegue de una praxis diplomática en el debate internacional sobre comunicación

A nuestro entender, una dimensión indispensable a tener en cuenta al momento de reconstruir las trayectorias intelectuales que aquí seguimos —en el marco de las actividades concretadas en la órbita del ILET— es la referida a los debates internacionales promovidos por el MPNA a favor de un nuevo orden económico y cultural, discusión que en el ámbito informativo se trasladó al seno de la UNESCO. En 1974 los países del Tercer Mundo lograron instalar en la XVIII Reunión General del organismo la discusión acerca de un nuevo marco informativo,

¹⁷ En su estudio sobre el itinerario intelectual de Mattelart, Zarowsky (2013) define a la *esfera pública internacional popular de la comunicación* “como una zona de fronteras más bien imprecisas e inestables, donde los sujetos pueden moverse a uno y otro lado de sus límites, vinculados simultáneamente a instituciones más estables o ligadas a elementos dominantes”. Para Zarowsky, los intelectuales que participan de esta esfera construyen conocimiento sobre lo social “en el cruce de estos espacios” (p. 155).

como así también el debate sobre un nuevo modo de considerar a la información. En el cónclave se discutieron alternativas tendientes a corregir los desequilibrios informativos entre las naciones. Presionada, la UNESCO definió como parte del plan de acción para el sexenio 1977-1982 el eje “Comunicación entre la gente y el intercambio de información”, cuyo equipo de trabajo poco tiempo después derivó en la denominada Comisión MacBride de 1977. A raíz de estos debates, los intelectuales agrupados en el Instituto forjaron una importante red de relaciones políticas, culturales e institucionales a escala global. A través de ellas, promovieron y participaron de una serie de actividades, seminarios, publicaciones y ediciones bibliográficas que fortalecieron la *esfera pública internacional popular de la comunicación* y que, en el caso latinoamericano, contribuyó al debate internacional reseñado.

En otro trabajo profundizamos sobre estas contribuciones (Altamirano, 2020). Aquí enfatizamos que en la segunda mitad de la década del setenta el ILET se destacó por los aportes que realizó a la discusión internacional por un nuevo orden económico e informativo. En el marco de estos debates, los intelectuales agrupados en el Instituto forjaron una importante red de relaciones políticas, culturales e institucionales. A través de ellas, promovieron y participaron en actividades, seminarios, publicaciones y ediciones de libros que fortalecieron lo que Zarowsky denomina *esfera pública internacional popular de la comunicación*. Como integrante latinoamericano de esta esfera internacional, el ILET realizó importantes contribuciones como por ejemplo los seminarios organizados por el Instituto en Ciudad de México en 1976 y en Ámsterdam en 1977, cuyos aportes posteriormente fueron recogidos en el informe final de la Comisión MacBride presentado en Belgrado y publicado, en 1980, por Fondo de Cultura Económica bajo el título *Un solo mundo, voces múltiples*.

Luego de Belgrado, la discusión internacional sobre comunicación ingresó en una deriva. En simultáneo, en América Latina y especialmente en el Cono Sur, se comenzaban a transitar las denominadas *transiciones a la democracia*, un proceso con amplias repercusiones en el campo intelectual latinoamericano. El inicio de las transiciones coincidió con algunas críticas por parte del grupo de intelectuales argentinos del ILET respecto al rumbo adoptado por el debate internacional tras la reunión de Belgrado, que fueron expresadas en seminarios internacionales y en revistas como *Comunicación y Cultura*. Estas observaciones tuvieron amplia repercusión al interior del Instituto e influyeron también sobre algunos de los integrantes más antiguos del ILET que habían asesorado a Somavía y García Márquez en la Comisión MacBride, como Reyes Matta y Roncagliolo.

6. Una morada intelectual para el retorno. La oficina Buenos Aires del ILET

Iniciado los procesos de *transición a la democracia* en Perú (1980), Argentina (1983) y Uruguay (1985), muchos de los intelectuales sudamericanos exiliados en México emprendieron el retorno a sus países de origen. Este proceso no fue ajeno a los intelectuales del ILET. En Chile la izquierda había organizado con éxito en 1983 el primer paro contra la dictadura de Pinochet. Motivados por una aparente apertura, que en Chile recién se concretó en 1990, Somavía y Reyes Matta regresaron a su país en 1983 e inauguraron en Santiago una oficina del ILET.¹⁸ En México una sede del ILET quedó abierto a cargo de Diego Portales y luego de Alejandro Casar, pero con el retorno de los sudamericanos perdió vitalidad. En simultáneo, retornaron a la Argentina Casullo y Argumedo —Schmucler lo haría recién en 1984—, quienes al igual que la dupla chilena, inauguraron junto a Ana Amado una sede del ILET en Buenos Aires, ubicada en la esquina de las avenidas Callao y Córdoba en la Ciudad de Buenos Aires. Por su parte, Trajtenberg también regresó a sudamérica, se radicó en Argentina y fundó el Centro de Economía Transnacional. El Centro formaba parte del Instituto para América Latina (IPAL), espacio inaugurado en 1982 por Roncagliolo en Lima —y que también contaba con un Centro de Cultura Transnacional— luego de algunas diferencias internas entre estos últimos y el *grupo* de intelectuales chilenos sobre el futuro del ILET en los años de la *transición*.

Argumedo, Casullo y Amado retornaron al país en enero de 1982 en el vuelo 385 de Aerolíneas Argentinas con el propósito de iniciar el siempre difícil, aunque esperado, proceso de reinserción tras el exilio. Desde la perspectiva de los itinerarios vitales y las trayectorias intelectuales el retorno se trató fundamentalmente de un desplazamiento que suponía un doble encuentro. Por un lado, con el terruño que era familiar pero que había sido trastocado profundamente por el terrorismo de Estado. Por el otro, el reencuentro con los intelectuales que habían realizado un “exilio interno” (Moyano, 2018, p. 49), es decir, con aquellos integrantes del campo cultural que por diversas circunstancias transitaron la dictadura en el país y que, por haber permanecido durante los años oscuros de la dictadura, reclamaban el monopolio de la palabra legítima frente a las discusiones de la *transición a la democracia*.

En este contexto la oficina del ILET en Buenos Aires alentó entre 1982 y 1985 la formación de microsociedades intelectuales que reunieron, de forma esporádica pero productiva, a intelectuales de distintas tradiciones políticas y que frecuentaron la intensa actividad cultural de la primavera democrática en teatros, mesas redondas y librerías de la calle Corrientes, como la librería Ghandi.

El retorno al país fue también un retorno intelectual. La hipótesis en curso que trabajamos afirma que la oficina del ILET en Buenos Aires ofició como una *morada* político-

¹⁸ Véase Dinamarca (2018).

intelectual para el retorno de Casullo, Argumedo y Amado. La idea de *morada*, entendemos, permite captar mejor el papel que desempeñó el ILET en las trayectorias intelectuales de sus integrantes, ya que autoriza el entrecruzamiento de factores políticos y afectivos, de suma importancia para el análisis de experiencias traumáticas como el exilio. Se trata, en definitiva, de pensar el trabajo intelectual en clave de entrecruzamientos productivos en los que confluyen intereses temáticos y teóricos, pero también, siguiendo a Dosse (2006), relaciones afectivas y de amistad.

A su vez, para estos intelectuales, la oficina local del ILET era una vía autorizada para exhibir credenciales académicas, políticas y culturales al interior del heterogéneo campo intelectual que se conformó en Argentina durante la *transición*. A nuestro entender, resulta indicativo de esta búsqueda de legitimidad y posicionamiento la promoción de una serie de intervenciones político-culturales organizadas por el Instituto en los primeros años del retorno, con el propósito de reunir a figuras de diversas orientaciones teóricas y políticas.

La sede argentina del ILET organizó su primera actividad importante en noviembre de 1983, pocas horas después de las elecciones que consagraron a Raúl Alfonsín como presidente de la República. El seminario presentado bajo el título “Comunicación y democracia” tenía como propósito, según Casullo (1985), “recuperar una discusión clausurada” y “proponer una cita entre *la memoria* de lo acontecido y vivido en la comunicación, y una convocatoria a lo *imaginario* como amplio marco de expectativas que provoca el proceso de recuperación de la democracia parlamentaria institucional” (p. 14). El seminario transcurrió en cuatro encuentros que, tal como señala Zarowsky (2017), permitieron trazar “vasos comunicantes entre las agendas que se habían elaborado [en el exilio mexicano] y las agendas de aquellos investigadores que habían permanecido en el país” (pp. 155-156). En ese sentido, resultó ilustrativo el cuarto y último seminario, titulado “Sociedad, poderes e información”, coordinado por Casullo y en el que participaron Argumedo, Aníbal Ford, Heriberto Muraro, Eduardo Romano, Oscar Steimberg, Patricia Terrero y Jorge Bernetti. Siguiendo a Zarowsky (Ibídem), muchos de estos intelectuales “se perfilaban por entonces como referentes de un campo de estudios en proceso de consolidación en el país y que, poco tiempo después, hacia 1985, tendrían un papel destacado o bien en la creación de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires o bien en el desarrollo de sus primeros años de actividad” (p. 156).

Otro *momento fuerte* que permite reconstruir la participación del ILET en las discusiones sobre *transición a la democracia* en Argentina, tuvo lugar en agosto de 1985 en las oficinas del Instituto situadas en la esquina de las avenidas Callao y Córdoba. Allí, se realizó una mesa redonda organizada conjuntamente entre el ILET —a instancias de Casullo y Argumedo— y *Unidos* (1983-1991), “la revista peronista de los ochenta” (Garategaray,

2018). En el seminario se abordó un tema espinoso para la época: “democracia y cambio social”. El encuentro permite auscultar, en buena medida, las redes de sociabilidad entabladas por los intelectuales del ILET en los años del retorno y que, no casualmente, tenían puntos de contacto —quizá los más relevantes— con la sociabilidad intelectual del exilio mexicano, ahora trasladada a Buenos Aires y bajo nuevas condiciones en los años de la *transición*. El encuentro indica cierta capacidad por parte de Argumedo y Casullo para articular una mesa redonda con un grupo de intelectuales que sobresalía por su amplia trayectoria y que, de alguna manera, formaba parte de la generación intelectual más relevante de la época (Acha, 2008). El debate estuvo protagonizado por los dos grupos que hegemonizaron la escena intelectual argentina en la década del ochenta. Por un lado, los intelectuales nucleados en el Club de Cultura Socialista y la revista *Punto de Vista (1978-2008)*, como Carlos Altamirano, José Aricó y Juan Carlos Portantiero; y por el otro, aquellos más vinculados a una *tradición* peronista, como Casullo, Argumedo, José Pablo Feinmann, Vicente Palermo, Julio Bárbaro y Chacho Álvarez. A su vez, más allá de las tradiciones políticas en las que se identificaban cada uno de los grupos, la mesa redonda operó, de forma transversal, de enlace entre aquellos que habían transitado el “exilio interno” y el exilio mexicano, y al mismo tiempo, revivía en el país los debates entre la mesa socialista de Aricó y Portantiero y los peronistas de *Controversia*, como Casullo y Argumedo.

Una huella de la importancia de este encuentro entre ambas *tradiciones*, puede observarse en la portada del número 6 de la revista *Unidos* (1985), que llevaba a modo de título principal la leyenda “Peronistas y marxistas: un debate sobre democracia y transformación”, en referencia a la mesa redonda celebrada en la sede del ILET. En su interior, la publicación incluía con el título “Democracia y transformación social” una recopilación de los intercambios ocurridos, que fueron sintetizados por los editores bajo el interrogante “¿cómo inciden los valores democráticos en el cambio social? ¿qué lugar reserva la dependencia” (Unidos, 1985). En las intervenciones, pueden leerse algunas de las tensiones que articularon la discusión sobre la *democracia* en el período de transición en Argentina. En ese sentido, puede resultar ilustrativo reconstruir un contrapunto entre, por un lado, las posiciones de Argumedo y, por el otro, de José María Aricó. A raíz de un intercambio sobre las condiciones sociales en las que transitaba la *transición*, Aricó argumentaba que la democracia como forma de organización social implicaba una conquista y un punto de partida que la izquierda debía valorar. En cambio, Argumedo y Casullo planteaban algunas dudas con relación al argumento de Aricó. Para los intelectuales de la oficina del ILET en Buenos Aires, la democracia constituía una zona de conflicto y disputa entre los poderes del capitalismo transnacional y los anhelos democrático de un sector de la sociedad argentina. A modo de ejemplo, Argumedo explicaba que, dado el carácter dependiente de las naciones del

Tercer Mundo, la democracia en Argentina se articulaba en torno a grandes desigualdades sociales. Por ello, enfatizaba, el nuevo sistema en proceso de transición encontraba su verdadero potencial democrático en la posibilidad de iniciar un proceso de transformación total de las estructuras económicas y sociales del país. Así, mientras Aricó valoraba a la democracia política como una conquista de la sociedad argentina, Argumedo pensaba, sin desestimar desde luego el fin del terrorismo de Estado y la apertura institucional, a la *transición* como una etapa propicia para pugnar por la transformación social, pero cuyos resultados democráticos todavía no podían aventurarse.

Por último, mencionamos que la actividad de la oficina Buenos Aires del ILET y su participación en los debates de la transición a la democracia estuvo asociado a la breve pero importante actividad editorial que unió al Instituto y a la editorial Folios entre 1984 y 1985. Folios era una editorial que había sido creada en México por Ricardo Nudelman a fines de la década del setenta, casi en simultáneo con la publicación del primer número de *Controversia*, de la que Nudelman formó parte de su Consejo de Redacción. En la etapa mexicana de Folios, José María Aricó dirigió la colección “El Tiempo de la Política” (Cortes, 2015, pp. 98-106), en la que fueron publicadas algunas obras relevantes como *Los usos de Gramsci* (1981) de Juan Carlos Portantiero. En el retorno, la editorial fue adquirida por el cuñado de Casullo, Elvio Vitali, exmilitante montonero e importante promotor cultural de la época, que además inauguró en la calle Corrientes una sede de la librería mexicana Gandhi (Forster, 2018). En los años de la primavera democrática la librería Gandhi, en calle Corrientes, junto a las oficinas de la editorial Folios ubicadas en Riobamba al 900 y la sede del ILET en los cruces de Córdoba y Callao, formaron parte de un circuito intelectual en el que se debatió sobre política, cultura y temas ideológicos, intercambios que integraron las discusiones sobre la *transición* en Argentina.

En su etapa argentina, el catálogo de Folios fue muy acotado. No obstante, es significativo que publicara tres coediciones junto al ILET. La primera de ellas publicada en 1984, *Los laberintos de la crisis*, es una investigación de Argumedo sobre la *transnacionalización* escrita durante el exilio mexicano y publicada en Argentina. La segunda coedición, *Comunicación: la democracia difícil* data de 1985 y es una compilación realizada por Casullo de los debates transcurridos en el seminario organizado por el ILET en 1983. Por último, también en 1985, se publicó *La era teleinformática*, una compilación del sociólogo argentino radicado en Chile, Gabriel Rodríguez, que reúne una serie de investigaciones sobre tecnología, sociedad y democracia, entre ellas un trabajo de Schmucler titulado “La educación en la sociedad informatizada” (1985). Si bien estos títulos no fueron agrupados por Folios en una colección y no se consigna en la materialidad de los libros referencias a sus editores, es posible conjeturar que la publicación de estas obras formó parte de una praxis editorialista

impulsada por Casullo, con el propósito de dar forma a una colección sobre comunicación y cultura en la editorial. Pese a que en los paratextos de las ediciones no se hace referencia a ninguna colección, mucho menos a un director editorial, pueden advertirse una serie de indicadores comunes que unifican las publicaciones más allá de la temática de su textualidad y que permite pensar en el despliegue de determinados criterios de publicación, como por ejemplo las ilustraciones de las tapas y un breve resumen de la obra y presentación del autor en la contratapa, todas ellas dominadas por el color rojo. El diseño de los libros corresponde a Elsa Amado, por entonces esposa de Elvio Vitali y hermana de Ana Amado, representante en Argentina de la División de la Mujer del ILET y compañera de Casullo.

7. Cierre

En este trabajo apuntamos a comunicar, brevemente, algunas ideas e hipótesis que forman parte de un proyecto de investigación, más general, sobre intelectuales, redes transnacionales y comunicación que tiene como propósito indagar en la circulación internacional de las ideas y las transferencias intelectuales en América Latina en el período 1975-1985. A modo de cierre, antes que conclusiones, nos interesa plantear dos hipótesis a modo de estimular la investigación.

La primera hipótesis es que en un contexto de represión coordinada a escala regional (Slatman y Padros, 2014) las redes internacionales construidas por intelectuales, institutos, centros de investigación social y formaciones culturales (Williams, 2009) consolidaron una *esfera pública transnacional*¹⁹ de producción e intercambio en la que se procesaron una serie de debates que resultaron productivos para las ciencias sociales latinoamericanas. Todo parece indicar que el contexto de represión, lejos de debilitar, consolidó las redes internacionales construidas previamente en América Latina —primero en el marco de los circuitos académicos e intelectuales promovidos por la discusión en torno al desarrollo y la dependencia (Beigel, 2010), segundo por los espacios de socialización política y cultural inspirados por la influencia expansiva de la Revolución Cubana— y dio lugar a la formación de una *esfera pública transnacional* de intercambio y producción intelectual muy activa en las discusiones relacionadas al campo de la comunicación y la cultura. Producto de la represión y los cambios políticos, sociales y culturales operados por los regímenes militares en el Cono Sur, dichas redes dejaron de orbitar en torno a los procesos políticos sudamericanos, especialmente de la “vía chilena al socialismo” (Beigel, 2010; Zarowsky, 2013), y establecieron su centro de gravedad en México (Casco, 2008; Lechner, 1989; Lesgart, 2003; Giller, 2020),

¹⁹ La idea que es deudora de la de “esfera pública internacional popular de la comunicación” propuesta por Zarowsky a partir del estudio de la trayectoria intelectual de Armand Mattelart (2013).

epicentro del exilio sudamericano en latinoamérica por aquellos años (Yankelevich, 2010). Luego, una vez iniciadas y avanzadas las transiciones a la democracia en la región, dichas redes entraron en crisis y, a pesar de que los intercambios transnacionales no cesaron, los debates y las producciones intelectuales tendieron a privilegiar los espacios nacionales. Tomando como punto de partida esta hipótesis inicial, avanzar en la reconstrucción del proceso de formación y desarrollo del ILET en el período 1975-1985 puede resultar un mirador focalizado y a su vez fructífero para indagar sobre las características de esas redes transnacionales y su aporte a las ciencias sociales latinoamericanas. Asimismo, puede contribuir a responder al siguiente interrogante: ¿por qué aquello que funcionó en un marco de exilio y represión tendió a debilitarse en un contexto de retorno y democratización?

La segunda hipótesis que planteamos es que, si se sigue el itinerario de algunas trayectorias intelectuales significativas, la reconstrucción del proceso de formación y desarrollo del ILET puede resultar altamente productivo para la historia intelectual de los estudios en comunicación en América Latina pero también, más ampliamente, para la reconstrucción histórica de un capítulo particular del proceso de reconversión teórica y política de la denominada “nueva izquierda” en los años ochenta. De otro modo, si observamos a las trayectorias intelectuales como tramas particulares insertas en una urdimbre que las contiene y ordena, quizá podamos conocer el tejido epocal al que pertenecen e, incluso, restituir esos retazos que pese a haber sido descartados por las nuevas significaciones dominantes continúan formando parte de una historia que merece ser contada. Asimismo, la experiencia de reconstruir la trayectoria del ILET y de sus principales investigadores podría ser similar a la de inspeccionar un cono desde el vértice hacia su base: ingresando por un espacio acotado del campo intelectual latinoamericano de la época, a medida que avanzamos sobre su superficie podríamos adentrarnos en espacios más amplios que permitirían reconstruir un mapa de redes y relaciones mucho más amplio del que podíamos observar al inicio.

8. Bibliografía

- AA.VV. (agosto, 1985). Democracia y cambios social. *Unidos*, (6).
- Acha, O. (2005). *La nueva generación intelectual. Iniciaciones y ensayos*. Herramienta.
- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI Editores.
- Altamirano, F. (2020). *Intelectuales y comunicación en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) (1975-1985)*. [Tesis de grado, Universidad de Buenos Aires]. <https://bit.ly/TesinaAltamirano>
- Argumedo, Al. (1984). *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones*. ILET-Folios.
- Bayle, M. (2016). *México como escenario latinoamericano. Dictadura, revolución y democracia en la revista Cuadernos Políticos (1974-1990)*. [Tesis de Maestría. Universidad de San Martín].
- Beigel, F. (2010). *Autonomía y dependencia académica: universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina, 1950-1980*. Biblos.
- Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Eudeba.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Siglo XXI Editores.
- Casco, J. (junio 2008). El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina 1974-1983. *Apuntes de Investigación del CECYP*, (13), 149-164.
- Comercio Exterior* (1982). (32).
- Cortés, M. (2015). *Un nuevo marxismo para América Latina*. Siglo XXI Editores.
- Covarrubias, A. (enero-junio, 2008). La política exterior 'activa'... una vez más. En *Foro internacional*, (XLVIII, 1-2), 13-34. <https://www.redalyc.org/pdf/599/59916819002.pdf>
- Dinamarca, R. (2018). Las comunicaciones en el campo intelectual de las ONGs de los ochenta. En Garcés, M. y Moyano, C. (eds.), *Intelectuales y ONG en dictadura* (pp. 237-262). Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Dosse, F. (2006). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Universitat de València.
- Franco, M. (2012). *Un enemigo para la nación*. Fondo de Cultura Económica.
- Friedmann, R. (1998). *La Política Chilena de la A a la Z*- Melquíades Servicio Editorial.

- Garategaray, M. (2018). *Unidos, la revista peronista de los ochenta*. Editorial UNQ.
- Giller, D. (2020). *Espectros dependentistas. Variaciones sobre la "teoría de la dependencia" y los marxismos latinoamericanos*. Ediciones UNGS.
- Gramsci, A. (2004). *Antología*. Siglo XXI Editores.
- Lechner, N. (1989). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Fondo de Cultura Económica.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia*. Homo Sapiens, Rosario.
- Neiburg, F. y Plotkin, M. (2004). Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina. En Neiburg y Plotkin (comp.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp. 15-30). Paidós.
- Moyano, J. (2018). Jorge B. Rivera. Practicar y pensar el oficio. En Rinesi, E., Moyano, J. y Forster, R., *Pensadores de la comunicación argentina* (pp. 35-65). Ediciones de la Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Palma Mora, M. (2003). Destierro y Encuentro. Aproximaciones al exilio latinoamericano en México 1954-1980. En *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 1-23. <https://journals.openedition.org/alhim/363#text>
- Sánchez Barría, F. (octubre-diciembre, 2014). "En la lucha contra el imperialismo, México y Chile de pie". Salvador Allende en la política tercermundista de Luis Echeverría en la Guerra Fría Interamericana. En *Foro Internacional*, (954-991). <https://forointernacional.colmex.mx/index.php/fi/article/view/2220/2210>
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur.
- Slatman, M. y Serra Padrós, E. (2014). Brasil y Argentina: modelos represivos y redes de coordinación durante el último ciclo de dictaduras del Cono Sur. Estudio en clave comparativa y transnacional. En Jensen, S. y Lastra, S. (Eds.), *Exilios: militancia y represión Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setenta* (pp. 251-282). EDULP.
- Sznajder, M. y Roniger, L. (2013). *La política del destierro y el exilio en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Terán, O. (2013). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Siglo XXI Editores.

Véjar Pérez-Rubio, Carlos (ed). *El exilio latinoamericano en México*. Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta.

Williams, R. (2012). "La fracción Bloomsbury". En Williams, R., *Cultura y Materialismo* (pp. 181-206). La Marca Editora.

Williams, R. (2015). *Sociología de la cultura*. Paidós.

Yankelevich, P. (2010). *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974-1983*. Fondo de Cultura Económica.

Zarowsky, M. (2013). *Del laboratorio chileno a la comunicación mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Biblos.

Zarowsky, M. (2017). *Los estudios en comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985)*. Eudeba.

Entrevistas

Argumedo, A. Entrevista con el autor. 3 de abril del 2017.

Forster, R. Entrevista con el autor. 5 de abril de 2018.

Reyes Matta, F. Entrevista con el autor. 16 de abril de 2021.

Roncagliolo, R. Entrevista con el autor. 27 de julio de 2020.

Fuentes

Fondo Sergio Caletti. Caja 2. CeDInCI-UNSAM. Buenos Aires.

ILET (1978): "División de Estudios Económicos. Programa de investigaciones. Diciembre de 1978", documento institucional, México DF. Disponible en Biblioteca Nacional.

— (1983): "División de Comunicación y Desarrollo. Oficina Buenos Aires", documento institucional, Buenos Aires. Disponible en Biblioteca Nacional.